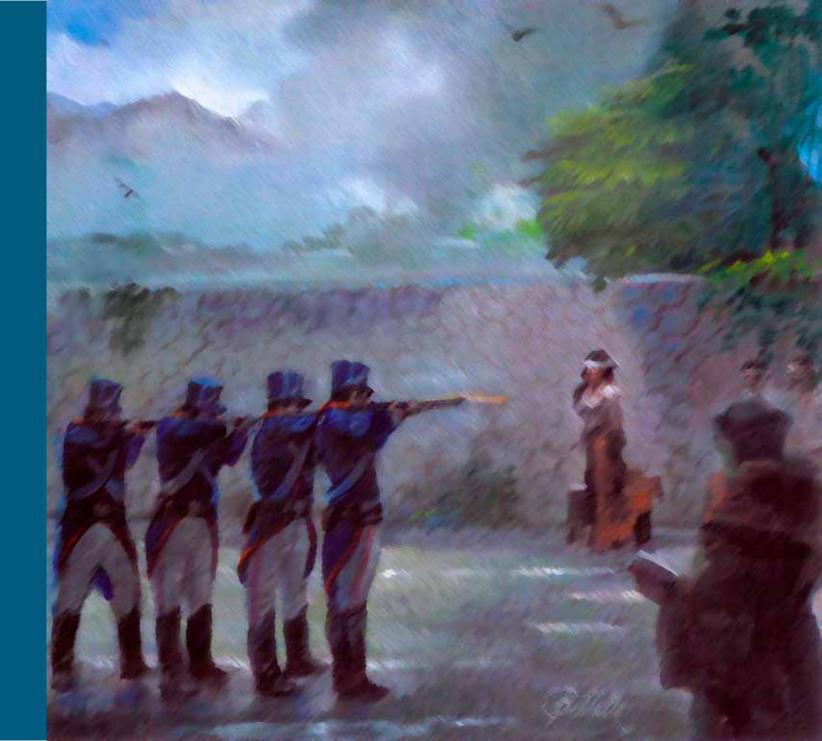


Contenido

Cacica Gaitana	pág.	
Manuela Beltrán	pág.	
Antonia Santos	pág.	1
María Policarpa Salavarrieta Ríos	pág.	13
Juana Azurduy	pág.	12
Bartolina Sisa	pág.	2
Gertrudis Bocanegra	pág.	23
Luisa Cáceres de Arismendi	pág.	22
Manuela Sáenz	pág.	3
Manuela Cañizares	pág.	35
Micaela Bastidas	pág.	39
María de los Angeles Cano	pág.	43





CACICA GAITANA

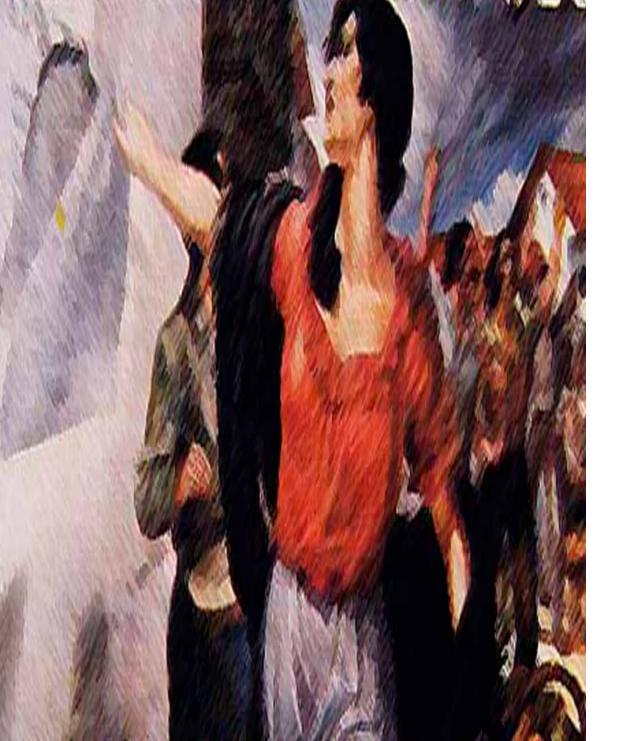
(Timaná, Siglo XVI)

acica indígena colombiana que vivió en Timaná en la primera mitad del siglo XVI. Dio muerte al conquistador Pedro de Añasco después de que éste matara a su hijo ante sus propios ojos e intervino en la sublevación general dirigida por Pigoanza hasta convertirse en leyenda popular y heroína de los yalcones.

La Gaitana protagonizó un episodio de la conquista de Colombia que generó una leyenda histórica aceptada como prototipo de la resistencia indígena a la invasión española. El hecho histórico lo refiere el cronista fray Pedro Simón, quién señaló que Sebastián de Belalcázar en su marcha descubridora al país de los chibchas (véase Nuevo Reino de Granada) alcanzó Neiva y desde allí envió de regreso al sur al capitán Pedro

de Añasco, para que fundara una población que sirviera de enlace entre los valles de Popayán (donde habia fundado Popayán y Cali) y del Magdalena. El capitán cumplió el mandato v en diciembre de 1538 erigió la población de Guacayo, llamada luego Timaná, por el nombre indígena de la región donde estaba enclavada. Añasco sometió superficialmente a los indígenas comarcanos, llamados yalcones, uno de los muchos pueblos caribes de la zona. Fue luego a Popayán para presentar obediencia a Lorenzo de Aldana, que había llegado como gobernador de Francisco de Pizarro, ya que Belalcázar, su subordinado, había partido para España desde Cartagena con objeto de reivindicar sus derechos sobre el Nuevo Reino de Granada (frente a Gonzalo Jiménez de Quesada y Nicolás de Féderman).





MANUELA BELTRÁN

(El Socorro, Colombia - Siglo XVIII)

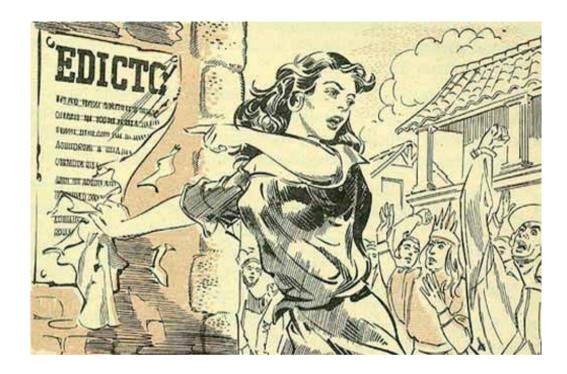
eroína colombiana que desencadenó la insurrección de los comuneros de 1781. Se desconoce prácticamente todo acerca de su vida. Al parecer, nació en El Socorro y pertenecía a una modesta familia descendiente de españoles, que manufacturaba tabacos y poseía una tienda de efectos de Castilla.

Manuela Beltrán pasó a la historia de la Nueva Granada el 16 de marzo de 1781, cuando, con 57 años, rompió el edicto del Ayuntamiento de El Socorro por el cual se fijaba el impuesto de Armada y Barlovento. Si bien dicho evento constituyó la chispa que desató la llamada revolución comunera, nunca más se volvió a saber de ella. Fue resucitada por la historiografía del siglo XX como símbolo del nacionalismo prerrevolucionario y considerada la primera heroína de la lucha emancipadora.

En Nueva Granada, donde no se alcanzó a implantar el sistema de Intendencias, se optó por el de Regentes Visitadores; correspondió a Juan Gutiérrez de Piñeres ser el primero. Éste fue nombrado por la audiencia Visitador General, y llegó a Santa Fe de Bogotá en enero de 1778 portando plenos poderes de Carlos III para la reorganización de la Real Hacienda. El entonces virrey, Manuel Antonio Flórez, que se había trasladado a Cartagena para atender la guerra recién declarada contra Inglaterra, delegó todos los poderes en la Audiencia y en especial en su Regente.

Entre las medidas fiscales introducidas por la Audiencia estaba el cobro de una larga serie de impuestos que por diferentes motivos no se pagaban, entre ellos el de Armada de Barlovento, cuyo cobro se decidió efectuar separado de la Alcabala. Fue contra esta medida contra la que Manuela Beltrán acaudilló la rebelión del 16 de marzo, día de mercado público.



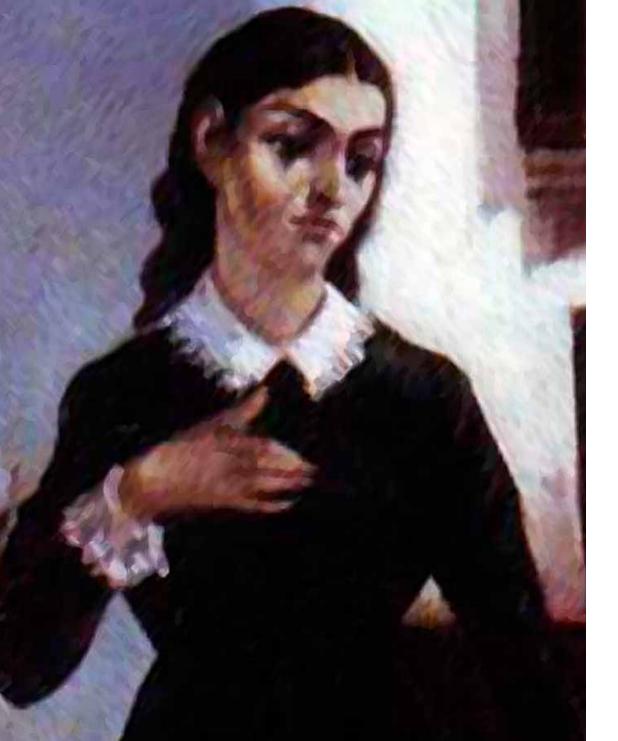


La insurrección se extendió como la pólvora por todo el nororiente del Virreinato, pasando luego al centro y occidente del mismo. El pueblo, que gritaba "iViva el rey y abajo el mal gobierno!", eligió como general a Juan Francisco de Berbeo, que junto a Salvador Plata, Antonio Monsalve y Francisco Rosillo constituyó una Junta re-

volucionaria llamada del Común, de donde se derivó el apelativo de rebelión o insurrección comunera. El precursor Francisco de Miranda, que desde Europa siguió muy de cerca este levantamiento popular, menciona a Manuela Beltrán como la viejecilla que inició tan sonada rebelión.







ANTONIA SANTOS

(Pinchote, Santander, 1782 - Socorro, 1819)

eroína de la independencia colombiana. Su infancia transcurrió en la provincia del Socorro, región que ya en 1781 había vivido el movimiento insurreccional de los Comuneros. En ese ambiente de rebeldía creció Antonia, en el seno de una familia que apoyó abiertamente la causa independentista desde el primer momento. Dedicada desde joven a las labores agrícolas, recibió la rudimentaria educación propia de las mujeres de su tiempo.

En esa época se conformaron una serie de grupos guerrilleros para luchar contra los españoles realistas; estas guerrillas combatieron el Régimen del Terror y apoyaron al ejército patriota en la Campaña Libertadora de 1819. Antonia Santos organizó y sostuvo la guerrilla de Coromoro, convirtiendo su hacienda El Hatillo en centro de operaciones del grupo. La actuación de esta guerrilla (li-

derada por su hermano Fernando Santos, José Gabriel Tobar, Camilo Gaona y José Manuel Ruiz, entre otros cabecillas) fue decisiva para las victorias del Pantano de Vargas y de Boyacá, puesto que impidió el paso de las tropas que iban en ayuda de los españoles.

El 12 de julio de 1816, un destacamento militar español comandado por el capitán Pedro Agustín Vargas se presentó sorpresivamente en la hacienda El Hatillo. Las tropas españolas apresaron a Antonia Santos, su hermano Santiago y otros familiares y sirvientes de la familia, y los trasladaron hasta Socorro, donde fueron encarcelados. Antonia fue sentenciada a muerte el día 16 de julio, y ejecutada el 28 del mismo mes en la plaza pública, junto con los próceres Isidro Bravo y Pascual Becerra. La noticia de su muerte exacerbó aún más los ánimos de los grupos guerrilleros, quienes iuraron continuar la lucha en su nombre.





MARÍA POLICARPA SALAVARRIETA RÍOS

(San Miguel de Guaduas, Nueva granada - Siglo XVIII)

a familia Salavarrieta Ríos estuvo avecindada en Guaduas, villa en la que el padre, Joaquín Salavarrieta, y la madre, Mariana Ríos, poseían una regular fortuna conseguida gracias a la agricultura y el comercio. En 1798 la familia Salavarrieta se trasladó a Santafé de Bogotá, a la parroquia de Santa Bárbara. El padre, la madre y dos hermanos (María Ignacia, la mayor, y Eduardo, el menor) murieron entre agosto y septiembre de 1802, a consecuencia de la epidemia de viruela negra que se extendió por la capital virreinal. Los afligidos hijos y hermanos tuvieron que cerrar la casa, pues estaba infectada, y buscar la forma de sobrevivir: José María y Manuel ingresaron a la comunidad agustina; Ramón y Francisco Antonio se emplearon como peones en una finca ubicada en Tena; la hermana mayor, Catarina, se hizo cargo de los dos menores, Policarpa y Bibiano, y en 1804 se residenciaron nuevamente en Guaduas, en la casa

de Margarita Beltrán, hermana de Manuela Beltrán y madrina de Catarina.

A los nueve años llegó La Pola a Guaduas. Margarita Beltrán procuró su ingreso a la escuela del Convento de La Soledad. Allí aprendió a leer y escribir, estudió la doctrina y la historia española y aprendió a rasgar la guitarra y a cantar. Ya adolescente, Policarpa se dedicó a la modistería, y poco a poco se enteró e involucró en las actividades independentistas.

Posteriormente Policarpa se traslada a Santafé, donde fue recibida como niñera y dama de aguja, en enero de 1812, en la casa de doña María Matea Martínez de Zaldúa. Gracias a su habilidad para la costura, visitaba frecuentemente las más encopetadas casas de la capital, lo que le sirvió para aclarar en su mente las diferencias existentes en la sociedad estamental de la época. Además conoció muy bien la ciudad, recorriendo sus barrios y parroquias.

A finales de 1813, Policarpa volvió a Guaduas junto con la familia





Zaldúa y allí permaneció al lado de su hermana y, según parece, dedicada a la enseñanza. En 1815, Guaduas fue tomada por los españoles. Mantuvo entonces La Pola una peligrosa posición de rechazo y continuó colaborando, en lo que podía, con la causa patriota. En mayo de 1816, el general español Pablo Morillo llegó a Santafé y comenzó la cruel ejecución de los criollos que habían participado en la primera República.

Los montes de Guaduas se convirtieron en un importante lugar de refugio de los republicanos que escapaban del "régimen del terror", especialmente hacia los Llanos Orientales, en donde se sabía que un numeroso contingente de guerreros se adiestraba y preparaba entre "la niebla". Así se llamaba un grupo del que pronto recibieron órdenes los guadueros y del que formó parte Policarpa Salavarrieta, que en la clandestinidad fue una de las más entusiastas colaboradoras de los fugitivos.

En diciembre de 1816, se presentó en la casa de Policarpa, en Guaduas, el coronel patriota José Ignacio Rodríquez "El Mosca", quien dijo ser enviado de los Almeidas y le propuso, a nombre de los antiguos amigos, un trabajo para la patria: actuar en Santafé como espía y enlace de los grupos patriotas. Rodríguez le entregó un salvoconducto y pasaporte falso y claras instrucciones de lo que debía hacer en la capital: se alojaría en casa de Andrea Ricaurte de Lozano, a quien serviría como empleada del servicio; ésa era la pantalla. Debía conocer el estado de las tropas españolas y poco a poco hacerse amigos y enterarse de quiénes deseaban huir a los Llanos para unirse a las guerrillas del padre Ignacio Mariño. Además, debía obtener las listas de los patriotas buscados por insurgentes.

En enero de 1817, llegó La Pola a Santafé acompañada de su hermano Bibiano. Las labores de inteligencia las cumplió con precisión y efectividad, pues, como era conocida en la ciudad, podía salir con libertad e introducirse en los costureros de las señoras españolas donde recogía informes útiles sobre los movimientos de las tropas españolas. Sin embargo, la casa de doña Andrea Ricaurte era un centro de subversión bastante peligroso: allí se celebraban frecuentes reuniones clandestinas a las que asistían varios militares criollos que por diferentes causas habían tenido que vincularse al ejército realista, pero que esperaban la ocasión de reincorporarse a las fuerzas patriotas acantonadas en los llanos; en el grupo participaban otras mujeres que, al igual que Policarpa, cumplían labores de inteligencia.

Por entonces los sistemas de información de los realistas se ha-

bían afinado al máximo y se pagaban muy buenas recompensas a quien delatara cualquier movimiento sospechoso; un infiltrado venezolano, Facundo Tovar, delató que en el seno del batallón de granaderos de Numancia se reclutaban soldados para la causa patriota. La misma noche, se enteró Policarpa Salavarrieta de la detención de algunos de los miembros de la red de espionaie y apoyo a los ejércitos patriotas. En vez de esconderse, siguió haciendo vida normal, arriesgándose a llevar recados y dineros a los presos.

La Pola, fue detenida en la noche del 10 de noviembre, recluida en el Colegio Mayor del Rosario y ajusticiada, el 14 de noviembre de 1817. En el patíbulo, La Pola pronunció estas palabras: "iPueblo indolente! iCuán distinta sería hoy vuestra suerte si conocierais el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que, mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte v mil muertes más, iNo olvidéis este ejemplo!" En la cárcel su compatriota Joaquín Monsalve redactó el famoso anagrama que la identifica como epitafio: "Yace por salvar la patria".



JUANA AZURDUY

(Juana Azurduy de Padilla; Chuquisaca, 1780 - Jujuy, 1860)

pendencia del Alto Perú (actual Bolivia). Descendiente de una familia mestiza, auedó huérfana en edad muy temprana. Pasó los primeros años de su vida en un convento de monjas de su provincia natal, la cual fue sede de la Real Audiencia de Charcas.

En 1802 contrajo matrimonio con Manuel Ascencio Padilla, con quien tendría cinco hijos. Tras el estallido de la revolución independentista el 25 de mayo de 1809, Juana y su marido se unieron a los ejércitos populares, creados tras la destitución del virrey y al producirse el nombramiento de Juan Antonio Álvarez como gobernador del territorio. El caso de Juana no fue una excepción; muchas mujeres se incorporaban a la lucha en estos años.

Juana colaboró activamente con su marido para organizar el escuadrón que sería conocido como

eroína de la inde- Los Leales, el cual debía unirse a las tropas enviadas desde Buenos Aires para liberar el Alto Perú. Durante el primer año de lucha, Juana se vio obligada a abandonar a sus hijos y entró en combate en numerosas ocasiones, va que la reacción realista desde Perú no se hizo esperar. La Audiencia de Charcas quedó dividida en dos zonas, una controlada por la guerrilla y otra por los ejércitos leales al rey de España.

> En 1810 se incorporó al ejército libertador de Manuel Belgrano, que quedó muy impresionado por el valor en combate de Juana; en reconocimiento a su labor, Belgrano llegó a entregarle su propia espada. Juana y su esposo participaron en la defensa de Tarabuco, La Laguna y Pomabamba.

> Mención especial merece la intervención de Juana en la región de Villar, en el verano de 1816. Su marido tuvo que partir hacia la zona del Chaco y dejó a cargo de su esposa esa región estratégica, conocida también en la





época como Hacienda de Villar. Dicha zona fue obieto de los ataques realistas, pero Juana organizó la defensa del territorio y, en una audaz incursión, arrebató ella misma la bandera del regimiento al jefe de las fuerzas enemigas y dirigió la ocupación del Cerro de la Plata. Por esta acción y con los informes favorables de Belgrano, el gobierno de Buenos Aires, en agosto de 1816, decidió otorgar a Juana Azurduy el rango de teniente coronel de las milicias, las cuales eran la base del ejército independentista de la región.

Tras hacerse cargo el general José de San Martín de los ejércitos que pretendían liberar Perú, la estrategia de la guerra cambió. San Martín quería atacar Lima a través del Pacífico, por lo que era necesario, para poder desarrollar su estrategia, la liberación completa de Chile. Esta decisión dejó a la guerrilla del Alto Perú en condiciones muy precarias; Juana y su marido vivieron momentos extremadamente críticos, tanto que

sus cuatro hijos mayores murie- malvivir en la región de Salta. ron de hambre.

Poco tiempo después Juana, que esperaba a su quinto hijo, quedó viuda tras la muerte de su marido en la batalla de Villar (14 de septiembre de 1816). El cuerpo de su marido fue colgado por los realistas en el pueblo de la Laguna, y Juana se halló en una situación desesperada: sola, embarazada y con los ejércitos realistas controlando eficazmente el territorio. Tras dar a luz a una niña, se unió a la guerrilla de Martín Miguel Gümes, que operaba en el norte del Alto Perú. A la muerte de este caudillo se disolvió la guerrilla del norte, y Juana se vio obligada a

Tras la proclamación de la independencia de Bolivia en 1825, Juana intentó en numerosas ocasiones que el gobierno de la nueva nación le devolviera sus bienes para poder regresar a su ciudad natal, pero a pesar de su prestigio no consiguió una respuesta favorable de los dirigentes políticos. Murió en la provincia argentina Jujuy a los ochenta años de edad, en la más completa miseria: su funeral costó un peso y fue enterrada en una fosa común. Sólo póstumamente se le reconocerían el valor y los servicios prestados al país.





BARTOLINA SISA

(Guerrera Aymara, boliviana, nació en 1753 en Sullkawi)

esde pequeña recorría junto a sus
padres diferentes
pueblos por el comercio de la hoja
de coca. Allí pudo
ver los atropellos
que se cometían con las poblaciones indígenas. Dedicó su vida a
luchar contra la opresión de los
colonizadores, buscando la libertad y una vida digna para sus
hermanos indígenas.

Se casó con Tupak Katari, un joven aymara que compartía la misma convicción ante la contingencia que vivían. Se unen a Túpac Amaru y a su esposa Micaela Bastidas, dos guerreros incansables, en busca del mismo propósito de libertad para sus pueblos y que lideraban el grupo de los quechuas. Estalla la insurgencia aymara-quechua y en 1781 Túpak Amaru es proclamado Virrey del Inca y Bartolina Sisa es elegida Virreina.

Bartolina asume un rol muy activo en la guerra contra los españoles, dirigiendo batallas junto a

su esposo y teniendo a su cargo el ejército aymara. Sus propios compañeros la traicionan y la entregan a Sebastián Segurola como prisionera de guerra. Bartolina y Tupak Katari son sentenciados a muerte: en noviembre de 1781 Tupak es asesinado y en setiembre de 1782, Bartolina es torturada, ahorcada y descuartizada, exhibiendo la cabeza y las extremidades en los distintos lugares en que ella luchó.

Desde 1983. se estableció el día 5 de setiembre, fecha en que se conmemora su muerte, como el Día Internacional de la Mujer Indígena. Y como reconocimiento a la actitud valiente y a su incansable lucha por las culturas ancestrales americanas, en julio de 2005 el Congreso Nacional de Bolivia declaró a Bartolina Sisa y Tupak Katari, heroína y héroe nacional.

Los aymaras eran un pueblo indio que habitaba en la región del lago Titicaca y tenían un alto grado de civilización, actualmente se han integrado a la sociedad tanto en Bolivia como en Perú.





GERTRUDIS BOCANEGRA

(11 de abril de 1765, Pátzcuaro - México)

ue en la señorial ciudad de Pátzcuaro, donde nació Gertrudis Bocanegra Mendoza el 11 de abril de 1765, siendo la hija menor de sus padres españoles, Pedro Xavier Bocanegra y Feliciana Mendoza. El nombre quizá fue tomado de la Santa Gertrudis la Grande, religiosa alemana benedictina.

Los años de la década del sesenta del siglo XVIII fueron de conflictos políticos y sociales. En 1767 estallaron rebeliones en Michoacán en respuesta a las Reformas Borbónicas y problemas sociales acumulados. Los nativos de Pátzcuaro también se rebelaron llegando hasta las Casas Reales y amenazando con incendiarla si no volvía a Valladolid el sargento Felipe Neve, acusado de provocar los motines y encargado de la leva y formación de las milicias provinciales. La rebelión fue creciendo con el arribo de más indígenas de la cuenca lacustre y con la consiguiente angustia de los "blancos" y autoridades. El

obispo don Pedro se trasladó de Valladolid a Pátzcuaro logrando apaciguar los caldeados ánimos populares, pero meses después, volvió la población indígena y mulata a rebelarse contra el cobro de una sobretasa del tributo al alcalde mayor.

Las protestas estuvieron lideradas por el entonces gobernador indígena don Pedro de Soria Villaroel, que ordenó que todos los tributos de la provincia le fuesen entregados a él y no a las autoridades de Valladolid, como se acostumbraba por años. La aprehensión de don Pedro generó un motín de gente armada con machetes y palos que desembocó en la toma de la cárcel y algunos españoles resultaron heridos. Señala el historiador Gabriel Silva que "...estaban dispuestos a desconocer a las autoridades e incluso se hablaba de romper la sujeción a la Corona". Era el 25 de junio de 1767 y también se ejecutaba el decreto de Carlos III de expulsar a los jesuitas de los dominios españoles. Por lo que en Pátzcuaro la orden esperó mejores momen-



tos. La tropa procedente de Valladolid entró en la ciudad del Lago el 3 de julio a fin de llevarse a los jesuitas, pero la muchedumbre los recibió de mala manera y, cuando los indígenas se opusieron a la detención de los jesuitas, hubo varios heridos.

Pátzcuaro quedó como una "ciudad rebelde", "opositora" a las Reformas Borbónicas y el Ayuntamiento español "... se había mantenido siempre atemorizado y demostró ser incapaz de controlar el movimiento subversivo" dice el historiador Gabriel Silva.

La infancia de Gertrudis Bocanegra fue, no obstante, de una vida sin complicaciones económicas; además de que tuvo la fortuna de recibir cierta instrucción pese a que en esa época la educación era restringida para las mujeres. Su familia no era parte del selecto grupo oligárquico patzcuarense, pero sí solvente en lo económico. Al quedar huérfana de madre, su padre se encargó de su formación al mismo tiempo de hacerse cargo de la Hacienda de Pedernales (en Tacámbaro). Esa hacienda azucarera estaba en poder de don Ignacio de Barandiarán, que era regidor perpetuo del cabildo de Pátzcuaro, quien la vendió en septiembre de 1796 en 13 mil pesos al teniente coronel Francisco Mendoza.

Siendo restrictiva la situación de las mujeres en esa época, las cuales no podían acceder a sus bienes hasta haber cumplido su mayoría de edad, es decir, los veinticinco años como lo comenta la historiadora nicolaita Silvia Figueroa, la participación de la mujer en la vida política era nula, limitándose a la vida en el hogar o el convento. Por esta razón es importante reconocer la participación de Gertrudis en el movimiento independentista, demostrando con su actuar su admirable conciencia social de su época, cargada de divisiones sociales entre peninsulares españoles, criollos, indígenas y las castas.

Muy joven, Gertrudis se casó con Pedro Advíncula, joven soldado realista del regimiento provincial, quien moriría en la Guerra de Independencia. Él fue hijo de Joaquín de la Vega y Ana de Herrera. El matrimonio se llevó a efecto en la ciudad de Pátzcuaro el 18 de febrero de 1784 por el teniente cura don Vicente Villaseñor. Los padrinos fueron Miguel, María Josefa y Antonio Ansorena.

Por cierto, el padre de Gertrudis se opuso a ese matrimonio alegando, como consta en documentos históricos, "diferencias de sangre" entre los jóvenes enamorados. Pero Pedro Advíncula se empeñó en contraer nupcias v arquyó que también era "español, moreno" pero finalmente español, en realidad era criollo. Asimismo, el temperamento de Gertrudis se mostró firme al rechazar las supuestas diferencias de "sangre" entre los habitantes de la colonia novohispana. El matrimonio se llevó a efecto el 18 de febrero de 1784, procreando cuatro hijos mestizos (tres mujeres y un hombre, cuyos nombres fueron María Hilaria de Jesús, José Manuel Nicolás, María Ignacia Lauriana y María Magdalena Faustina).



LUISA CÁCERES DE ARISMENDI

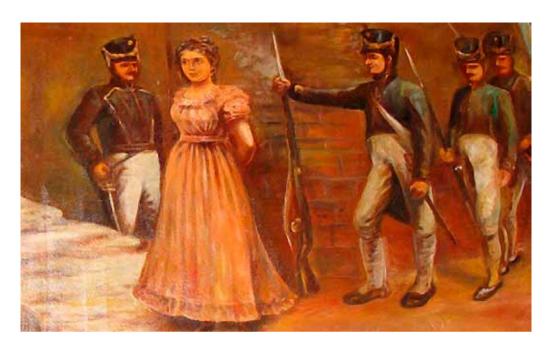
(Caracas, 1779 - 1866)

eroína de la Guerra de Independencia de Vene-(Caracas, zuela 1779 - 1866). Su padre, Domingo Cáceres, y su hermano Félix fueron asesinados por los realistas en la población de Ocumare en 1814, por lo que tuvo que emigrar con el resto de su familia a Isla Margarita, donde contrajo matrimonio con el general Juan Bautista Arismendi. Al año siguiente, fue detenida por las autoridades españolas con el propósito de presionar a su esposo Arismendi, quien desarrollaba una feroz campaña contra las fuerzas españolas. Sin embargo, el gobernador de Isla Margarita, el español Joaquín Urreiztieta, no consiguió nada ni de ella ni de su marido por lo que Luisa permaneció en la prisión de la fortaleza de Santa Rosa -donde tuvo a una niña que murió en el parto- hasta que fue trasladada a la fortaleza de Pampatar, de allí a La Guaira y finalmente a España (1816), donde también fue víctima de pre-

siones para que renegara de sus ideas republicanas. Sin embargo, nunca abandonó sus ideales independentistas. Una vez en libertad, regresó a Venezuela en 1818 y continuó apoyando las ideas de libertad y soberanía del pueblo americano. Vivió en Caracas hasta su muerte. En reconocimiento a su lucha por la independencia de Venezuela, sus restos fueron sepultados en el Panteón Nacional en 1876.

1814 fue un año adverso para la naciente República v también para la familia Cáceres; el 6 de marzo las tropas del jefe realista Francisco Rosete asaltaron la guarnición de Ocumare y mataron al padre de Luisa quien se encontraba allí por invitación de su amigo el comandante Juan José Toro. La comandancia Militar de Caracas, al frente de la cual se encontraba Juan Bautista Arismendi, organiza una expedición el día 14 de marzo en auxilio de los patriotas sitiados en Ocumare; entre los soldados de la operación estaba Félix Cáceres, hermano mayor de Luisa. Las tropas de Arismendi





son derrotadas y el hermano de Luisa es hecho prisionero y ejecutado el 16 de marzo.

El 7 de julio de 1814, durante la retirada de las fuerzas patriotas de Caracas rumbo a Oriente, como consecuencia del avance de las terribles tropas comandadas por José Tomás Boves; la tragedia toca nuevamente de cerca la vida de Luisa Cáceres, ya que, en la travesía mueren cuatro tías suyas, quedando vivos sólo ella y un hermano menor.

En septiembre de 1815, las autoridades españolas ordenan la captura de Bautista Arismendi, quien

se escapa y oculta con uno de sus hijos en las montañas del cerro Copey; el día 24 de septiembre, Luisa Cáceres quien seencontraba embarazada es tomada como rehén para doblegar a su esposo. Encerrada por un tiempo en la casa de la familia Amnés, es trasladada días después a un calabozo de la fortaleza de Santa Rosa.

Mientras tanto, las acciones militares de Arismendi le permiten hacer prisioneros a varios jefes españoles, entre ellos al comandante Cobián, de la fortaleza de Santa Rosa; motivo por el cual el jefe realista Joaquín Urreiztieta propone a Arismendi canjear prisioneros por su esposa, tal ofrecimiento es rechazado y el emisario recibe por respuesta: "Diga al jefe español que sin patria no quiero esposa". El 26 de enero de 1816, Luisa da a luz una niña que muere al nacer dadas las condiciones del parto y del calabozo en el cual se hallaba prisionera.

Posteriormente, es trasladada al fortín de Pampatar donde permanece algunos días, antes de ser enviada a la prisión de La Guaira y finalmente al convento de la Inmaculada Concepción en Caracas, donde ingresa como prisionera el 22 de marzo de 1816. Durante todo este tiempo se le mantuvo incomunicada y sin noticias de sus familiares. Los triunfos de las fuerzas republicanas comandadas por Arismendi y por el General José Antonio Páez en Apure, determinan que Luisa sea trasladada a Cádiz, hacia donde es embarcada el 3 de diciembre de 1816.

El barco en el que viajaba es atacado por un buque corsario, el cual se apodera de todo el cargamento y abandona a los pasajeros en la

isla de Santa María en los Azores. Imposibilitada de regresar a Venezuela, Luisa llega a Cádiz el 17 de enero de 1817. Es presentada ante el Capitán General de Andalucía, quien protesta por el trato al que fue sometida por las autoridades españolas de América, y le da la categoría de confinada, asignándole además una pensión de 10 reales en vellón diarios.Durante su permanencia en Cádiz, se negó a firmar un documento donde debía manifestar su lealtad al rey de España y renegar de la filiación patriota de su marido, a lo cual respondió que el deber de su esposo era servir a la patria y luchar por libertarla. El 3 de mayo de 1818 llega a Filadelfia, luego de fugarse de Cádiz con la avuda de Francisco Carabaño v el inglés Mr. Tottem; de allí se dirige a Margarita donde desembarca el 26 de julio de 1818. Finalmente, 19 de septiembre de 1819, el Consejo de Indias dicta una resolución que le concede absoluta libertad y facultad de fijar su residencia donde desee. Residió en Caracas hasta el día de su muerte. Sus restos fueron trasladados al Panteón Nacional en 1876.





MANUELA SÁENZ

(Quito, 1793 - Paita, Perú, 1859)

atriota ecuatoriana. Nació en 1797 en Quito, ciudad por entonces de aires afrancesados, en la que los grandes salones que acogían a la aristocracia marchaban al ritmo de una concepción laxa de la moral y de las distracciones entre criollos y españoles, que pronto se convertirían en una sangrienta guerra entre patriotas y realistas. Era hija natural de Simón Sáenz, comerciante español y realista, y de María Joaquina de Aizpuru, bella mujer hija de españoles de linaje, quien en el futuro tomaría partido por los rebeldes.

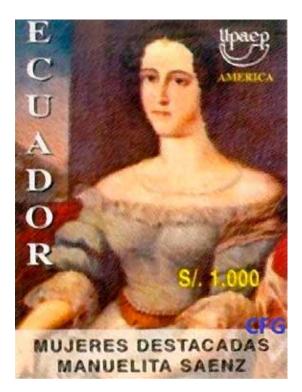
Desde muy joven entró en contacto con una serie de acontecimientos que animarían su interés por la política. En 1809 la aristocracia criolla ya se hallaba conspirando contra el poder de los hispanos, y a partir de entonces comenzaron a sucederse un conjunto de revueltas sangrientas. Quizá las circunstancias familiares llevaron a Manuela a optar por los revolucionarios: presenciaba desfiles de

prisioneros desde la ventana de su casa, y se maravillaba de las hazañas de doña Manuela Cañizares, a quien tuvo por heroína al enterarse de que los conspiradores se reunían clandestinamente en su casa.

La fascinación de Manuela por la vida pública v su ímpetu rebelde la harían abandonar prontamente la clausura del convento. Aprendió a leer y a escribir, virtudes éstas que le permitieron iniciar una relación epistolar con su futuro amante: Fausto Delhuvar, un coronel del ejército del rey. Con él se fugó para descubrir más tarde el infortunio de su infertilidad, y la desgracia de estar al lado de un charlatán. Las habladurías del amante le significaron la obligación de contraer matrimonio con James Thorne, un médico de cuarenta años que comerciaba con su padre y al que nunca llegaría a amar.

Con la excusa de acompañar a su padre, Manuelita marchó hacia Quito. Colaboró activamente con las fuerzas libertadoras: lle-





vaba y traía información, curaba a los enfermos y donaba víveres para los soldados. El 16 de junio de 1822, Simón Bolívar entró triunfalmente en la ciudad y, después de un cruce de miradas, fueron presentados en un baile en homenaje al Libertador.

A partir de entonces mantendrían una relación pasional. Los compromisos del Libertador no impedían los encuentros amorosos, y mientras duraba la ausencia, Manuelita participaba activamente en la consolidación de la independencia del Ecuador. Bolívar le regaló un uniforme, que ella utilizaba a la hora de sofocar algún levantamiento. La muerte de su padre la motivó a regresar a Lima. Fue nombrada por Bolívar miembro del Estado Mayor del Ejército Libertador; peleó junto a Antonio José de Sucre en Ayacucho, siendo la única mujer que pasaría a la historia como heroína de esta batalla. Una vez aprobada la Constitución para las nuevas naciones, marchó a Bogotá junto al Libertador.

Eran los tiempos del corto esplendor de la Gran Colombia. Manuelita militaba activamente en el partido bolivariano y se encargaba de llevar los archivos del Libertador. Durante el día vestía de soldado y, junto a sus fieles esclavas de siempre, se dedicaba a patrullar la zona. Cuidaba las espaldas de Bolívar. El 25 de septiembre de 1828, gracias a su intuición, lo salvó de un atentado dirigido por Francisco de Paula Santander, enfrentándose a los conspiradores mientras su protegido huía descolgándose por una ventana; a raíz de este acontecimiento Bolívar, de regreso a palacio, le dijo: "Eres la Libertadora del Libertador". Solía organizar en su casa representaciones en las que era habitual la burla hacia los enemigos del Libertador; la "quema de Santander" era una de las actuaciones preferidas. Los amores eran nocturnos y se prolongarían hasta la huida de Bolívar a Santa Marta en 1830.

Siete meses más tarde, al conocer la muerte de su amado por medio de una carta de Peroux de Lacroix, decidió suicidarse. Se dirigió a Guaduas, donde se hizo morder por una víbora, y fue salvada por los habitantes del lugar. Antes de la muerte del Libertador se levantó una ola de calumnias en su contra por parte de Santander, y Manuela decidió escribir, como forma de protesta, La Torre de Babel (julio de 1830), motivo por el cual se le emitió una orden de prisión. Seguidamente, tuvo lugar la persecución de los colaboradores de Bolívar, que la consideraban peligrosa. Así, el 1 de enero de 1834, le ordenaron que abandonara la nación en un plazo de trece días. Mientras tanto, fue

encerrada en la cárcel de mujeres y conducida en silla de manos hasta Funza, y de allí, a caballo, hasta el puerto de Cartagena con destino a Jamaica.

Manuela volvió al Ecuador en 1835. El presidente Vicente Rocafuerte, ante la noticia de su llegada, determinó su salida del país. Esto le llevó al destierro. Se radicó en el puerto de Paita, donde subsistió elaborando dulces, tejidos y bordados para la venta, ya que las rentas por el arrendamiento de su hacienda de Catahuango, en Quito, no le eran enviadas. En la puerta de su casa se podía leer English Spoken; era querida por la gente del pueblo v bautizaba niños, con la condición de que se llamaran Simón o Simona. Fue visitada por muchos hombres importantes, entre los que figuraron Simón Rodríguez, Hermann Melville y Giuseppe Garibaldi. Uno de los visitantes del lugar trajo consigo la difteria, enfermedad que contrajo Manuelita y de la que murió, ya pobre e inválida, a los 59 años de vida.





MANUELA CAÑIZARES

(Heroina Quiteña - Siglo XVII)

bligó a los patriotas conjurados, reunidos en su casa la noche del 9 de agoste de 1809, a decidirse a dar el golpe revolucionario al amanecer del día siguiente: agosto 10 de 1809. En aquella ocasión asistían, entre otros, Juan Pío Montúfar, Juan de Dios Morales, Juan Salinas, Manuel Quiroga, Nicolás Peña, Antonio Ante y el cura José Riofrío. Nació en Quito el 27 de agosto de 1770. Murió el 15 de diciembre de 1814.

Tan pronto como supera la etapa de la pubertad, Manuela, con
absoluto desprecio a las murmuraciones que con su actitud se
granjearía de sus conciudadanos,
ya que por entonces una mujer
no puede participar en la vida pública sin que su honorabilidad no
sufriese desmedro, forma parte
y consigue mantener encendido
el fuego del patriotismo en un
pequeño grupo de simpatizantes con la causa independentista. Este grupo compuesto casi

en su totalidad por criollos y dirigido por Juan de Dios Morales y Manuel Rodríguez de Quiroga, convence a otras ilustres personalidades quiteñas, que tampoco comulgan con las autoridades de la Audiencia, para formar un frente común contra su despotismo.

En la noche del 9 de agosto de 1809 se congregan los complotados por última vez para jurar incondicional fidelidad a la corona española y proclamar su respaldo a Fernando VII. Coordinan los últimos detalles de la insurrección v designan responsabilidades a todos y cada uno de sus miembros. Un asunto trascendental como la defenestración del presidente de la Real Audiencia, merecía sin duda de extremado cuidado. Nada podían dejar al azar, pues si fracasaban en el intento difícilmente lograrían escapar con la piel íntegra.

Es entonces cuando la fortaleza espiritual de varios de los comprometidos en la conspiración flaquea ostensiblemente y amenaza con hacer naufragar el movimiento en un mar de frustraciones. El hálito de temor que estruja el corazón de los pusilámines, ronda peligrosamente la concurrencia, desalentando aun a los patriotas más valerosos. Y cuando parece que, al menos para la fecha prevista, todo está perdido, Manuela Cañizares, con el alma ungida de fervor cívico, los amonesta con estas célebres palabras que caen como un trallazo en la conciencia de los aludidos, haciéndolos reaccionar positivamente: "iCobardes... hombres nacidos para la servidumbre! ¿De qué tenéis miedo...? iNo hay tiempo que perder...!" Esta valerosa acción impide que los quiteños declinen su fervor por la causa, y antes de rayar el alba del día siguiente, con renovado entusiasmo, capturan el cuartel Real de Lima y comunican al Conde Ruiz de Castilla que ha sido destituido del mando.

La gesta heroica del 10 de agosto de 1809 y los sucesos que de ella se derivaron, según versiones de acreditados analistas de la historia de la lucha libertaria de la República de Ecuador, ocurrieron así:

"El día 10 de agosto por la mañana el doctor Antonio Ante se presentó ante el presidente Manuel Urríes y le entregó el comunicado de la Junta Interina que solicitaba su dimisión, mientras en las calles la tropa de Salinas vitoreaba a la Junta Suprema de Ouito, Urríes renunció y se constituyó la Junta con lo más selecto de la oligarquía local: cuatro marqueses y un conde. El presidente fue, efectivamente, el marqués de Selva Alegre y el vicepresidente el obispo Cuero, sin embargo como vocales fueron designados los marqueses de Villa Orellana, San José de Solanda y de Miraflores, además del conde de Selva Florida y los patricios Morales, Quiroga, Larrea, Matheu, Zambrano, Benavides y Álvarez.

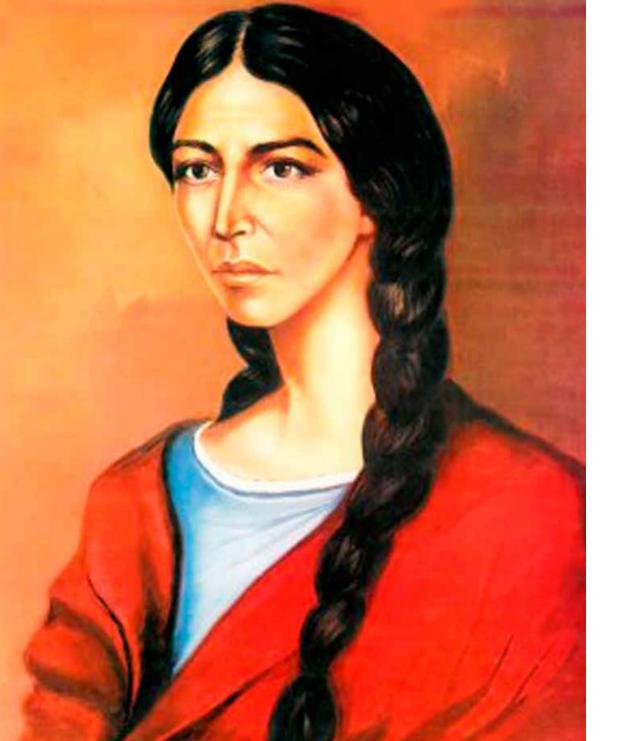
"Al terminar 1809 las noticias de los sucesos de Quito, y de otros lugares como Charcas, corrían por toda Hispanoamérica como ejemplos del malestar criollo ante la dominación española. Ésta necesitaba ya asentar su autoridad con escarmientos ejemplares. La experiencia adquirida en la formación de Juntas de Gobierno autónomas, aunque frustrada, parecía un mecanismo revolucionario utilizable como fórmula de transición política. Una nueva coyuntura permitiría su mejor aprovechamiento.

"Los juicios contra los patriotas implicados en el movimiento del 10 de agosto repercutieron mucho, como ya hemos apuntado, en la opinión pública quiteña, que supo entonces de la próxima llegada del comisionado regio, Don Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre, que había presidido la Junta de Gobierno de 1809. El Gobernador Ruiz de Castilla temió alguna insurrección y acentuó las medidas de seguridad, ordenando nuevas detenciones que exaltaron más los ánimos.

"El 2 de agosto de 1810 se originó la matanza de Quito. Unos patriotas intentaron asaltar los cuarteles para liberar a los presos y las tropas realistas aprovecharon la ocasión para hacer una tremenda matanza de prisioneros —asesinaron a más de sesenta patriotas—, así como un saqueo en los barrios. Algunos quiteños señalaron que el propio Gobernador promovió la acción".

Es indudable que, sin el aporte cívico de Manuela Cañizares, quien no escatima recursos pecuniarios ni se arredra ante la certeza de comprometer su honra para mantener viva la hoguera de la revolución, el proceso libertario hubiese tardado mucho tiempo en surtir el efecto anhelado. La ignominiosa noche del colonialismo bate en retirada ante la radiante presencia de aquel Ángel de la Libertad que, con su fulgor, despeja el horizonte para revelar miraies de imponderable belleza y marcar el sendero de la Dignidad Nacional.





MICAELA BASTIDAS PUYUKAWA

(Nació en Tamburco, Abancay, en 1745)

s posible que su padre, Manuel Bastidas, fuera negro o mulato, y que su madre, Josefa Puyukawa, descendiera de los kurakas de las serranías limeñas. En cualquier caso, Micaela supo leer y escribir, algo que entre las mujeres del siglo XVIII era poco frecuente, incluso entre las cortesanas europeas.

Contaba sólo 15 años cuando contrajo matrimonio con José Gabriel Thupa Amaru. La ceremonia tuvo lugar en la Iglesia de Nuestra Señora de la Purificación, en el curacazgo de Surimani.

Un año después de casarse, en 1751, tuvo a Hipólito, al año siguiente a Mariano, y en 1768 a Fernando.

José Gabriel solía llamarla Mica o Micaco en la intimidad, mientras que ella cariñosamente lo llamaba Chepe, diminutivo de Joseph.

Siendo muy joven, José Gabriel estudió en el Colegio de los Jesuitas del Cuzco. Más tarde tuvo

relación con los círculos intelectuales limeños, donde forjó su propósito rebelde. Por ello Micaela diría más tarde que "en Lima le abrieron los ojos".

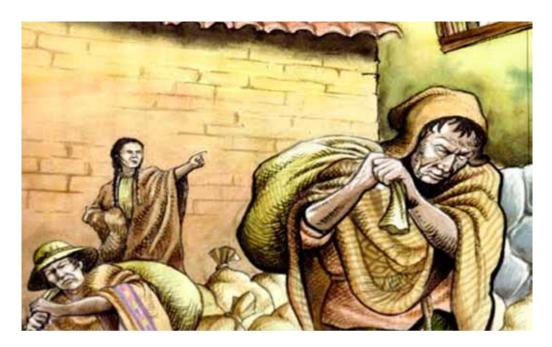
José Gabriel aprovechaba el negocio de transporte que realizaba a lo largo de los Andes, pactando adhesiones para su causa. Se rodeó de un círculo de intelectuales ilustrados, que contribuyeron a fundamentar sus peticiones legales.

Conforme aumentaba el descontento por nuevos impuestos y alcabalas, José Gabriel ganaba en popularidad.

Ambos organizaron grandes encuentros que sirvieron de marco para la representación del drama Ollantay; y en cierta ocasión, despacharon a su primogénito al Cuzco luciendo las insignias como sucesor a la corona.

En el altiplano aymara, contaban con la alianza de Tomás Katari, que levantó a los mitas de Potosí, exigiendo que se cumpliera la jornada de doce horas. Cuando





Katari murió asesinado tras vencer en los tribunales de la Real Audiencia de La Plata, Micaela vio demostrado que era imposible prolongar el régimen opresivo.

La rebelión estalló con la ejecución del Corregidor de Tinta, Antonio Arriaga, el día de San Carlos de 1780. Micaela dirigía entonces una red de espías que la mantenía informada de los movimientos de los "chapetones", al mismo tiempo que gestionaba la logística del movimiento, decidiendo sobre armas y municiones.

Los ejércitos del Rey quisieron atacar por la retaguardia la mar-

cha de José Gabriel. Pero Micaela despachó un contingente de mujeres al mando de la warmi-kuaraka de Akos-Pomakanchis, Maria Titu Condemayta, que heroicamente contuvo a las tropas reales en el puente de Pilpinto.

No sería ésta la única intervención decisiva de Micaela, que tras la victoria de Sangarara frente a un ejército bien armado de 1.200 hombres, aconsejó con vehemencia el asalto al Cuzco, que se encontraba desguarnecido según le comunicaron los chasquis a caballo que recorrían los Andes, dentro de un sistema de controles

para los que hacía falta portar los pasaportes que ella misma firmaba.

Los historiadores contemporáneos coinciden en que si José Gabriel hubiera seguido los consejos de su mujer, otro hubiese sido el destino de América. Pero Thupa Amaru prefirió proseguir hacia el sur reclutando hombres, lo que permitió a las fuerzas reales recibir en la Ciudad Sagrada los refuerzos provenientes de Lima.

Después del infructuoso sitio al Cuzco, tanto José Gabriel como Micaela caerían vendidos por sendos traidores, y con ellos sus hijos Hipólito y Fernando.

Micaela tuvo que asistir a la ejecución de su primogénito Hipólito, a quien le cortaron la lengua antes de colgarlo en el largo cadalso de color verde que el Visitador Areche ordenó levantar en la Plaza de Armas del Cuzco.

También vio morir a Tomasa Titu Kondemayta con la pena del garrote; y a sus principales colaboradores.

Ella no permitió que le cortaran la lengua, como ordenó la sentencia que dictó el Visitador Areche. Una vez que terminaron de darle vueltas al garrote que el emisario de Carlos III llevó consigo desde Cádiz, ella seguía con vida, pues tenía el cuello inusualmente fino. De allí que los soldados reales la golpearan con las culatas de los rifles y con los puños, para finalmente ahorcarla con unas cuerdas...



MARÍA DE LOS ÁNGELES CANO MÁRQUEZ

(Medellín, 1887 - abril 26 de 1967)

La Flor del Trabajo, primera mujer líder política en Colombia, dirigió la lucha por los derechos civiles fundamentales de la población y por los derechos de los trabajadores asalariados; encabezó la convocatoria y agitación de las huelgas obreras, colaboró en la difusión de las ideas socialistas y participó en forma decisiva en la fundación del Partido Socialista Revolucionario.

Sus padres, Rodolfo (educador) y Amelia, eran radicales, opuestos a cualquier discriminación y allegados a los círculos artísticos y culturales. María se vinculó al movimiento literario a principios de los años veinte. Entre 1921 y 1923 publicó escritos en la revista Cyrano, con el seudónimo de Helena Castillo y con su propio nombre. Luego, en El Correo Liberal, junto con María Eastman y Fita Uribe, propició concursos de literatura y poesía femeninas y pasó del romanticismo intimista a la protesta social. En enero de 1924, con el título "Los forzados", publicó una protesta contra la educación militar que se impartía a los jóvenes reclutados. Publicó el libro Horizontes.

Inició su activismo político y sindical directo en las minas de Segovia y Remedios, y a partir de ahí recorrió prácticamente todo el país defendiendo los derechos de la clase trabajadora y los de las mujeres.

En 1926 trabajó en la preparación del III Congreso Nacional Obrero, para lo cual realizó una extensa gira desde Medellín hasta Ibagué, en compañía del dirigente socialista Tomás Uribe Márquez. En Bogotá, el Congreso Obrero, que sesionó del 21 de noviembre al 4 de diciembre, la eligió en la directiva del mismo. En ese congreso fue fundado el Partido Socialista Revolucionario PSR, un partido amplio, de masas.

Con su oratoria María Cano atrajo multitudes, y conmovió a las masas como nunca antes una mujer lo hizo en Colombia.

